

ese reino de Dios, en una como en otra hipótesis, es una renovacion; renovacion que no se ha cumplido todavía, pero que debe cumplirse. Herder concluye de aquí que el progreso es de la esencia del cristianismo (1). Bajo esta condicion puede el cristianismo conciliarse con la civilizacion moderna.

#### § V.—Los libres pensadores.

Complácenos citar los grandes nombres que ilustran el protestantismo liberal; y no porque demos á los individuos la importancia que los ortodoxos. Los católicos creen que lo han dicho todo cuando han citado á Bossuet, á Santo Tomas ó á San Agustin: cosa que se concibe bien, porque viven de lo pasado, como los ricos que viven de la herencia de sus ascendientes, pobres diablos en la realidad, á pesar de sus millones y sus títulos. Si se preguntára á esos hombres de otra edad dónde están los genios que cuenta hoy la Iglesia en sus filas, no podrían presentar más que algunos retóricos y algunos libelistas, y se vería que han desertado de ella los pensadores ó los escritores de genio. Los espíritus eminentes á que la humanidad tributa admiracion no son, despues de todo, sino los órganos de su tiempo, y como tales, se enorgullece el liberalismo cristiano de contar al lado de Herder dos escritores que, con títulos diversos, han ejercido una influencia inmensa en Alemania, Lessing y Kant.

#### N.º 1.—Lessing.

Lessing era más bien un literato que un filósofo de profesion, y no estaba tampoco afiliado en el campo anticristiano del siglo XVIII. No le gustaban más los racionalistas que los ortodoxos; comparaba en su lenguaje expresivo la ortodoxia con el agua sucia y el racionalismo con el agua de estercolero (2). La ortodoxia sublevaba su elevada razon; y lo que se llamaba el *cristianismo racional*, es decir, el trivial racionalismo que aceptaba como verdaderos todos los hechos llamados milagrosos, salvo explicarlos de la manera más necia, ese cristianismo rastrero repugnaba á la delicadeza de su

(1) HERDER, *Adrastea* (Obras, t. XXXIV, p. 113).

(2) LESSING, *Carta á su hermano*.

gusto: no encontraba en él ni fe ni razon (1). No impedía esto á Lessing ser un libre pensador; lo era en la mejor acepcion de la palabra. "Si Dios, decía, me ofreciera la verdad absoluta tal como él solo la conoce, y me permitiera elegir la investigacion de la verdad, preferiría la ruda labor con que se descubre una pequeña porcion de verdad imperfecta al esplendor de la verdad divina. No hay sentencia más bella ni más profunda. ¿De qué nos sirve la verdad que no descubrimos por nosotros mismos? No es realmente una verdad para nosotros, pues que se nos la impone por la autoridad, cuando debiera salir de nuestra conciencia. ¿Qué dice á nuestra inteligencia? Nada; es un mero asunto de memoria. ¿Qué dice á nuestra alma? Méenos todavía. Más vale una verdad imperfecta, mezclada de errores, pero que hayamos indagado con el sudor de nuestra frente, porque sale de nuestras entrañas y las agita; más vale aún la duda y su ansiedad, porque excita al trabajo; ¿no es el trabajo, es decir, el desarrollo de nuestras fuerzas intelectuales y morales, lo que constituye el fin de nuestra vida?"

Aunque no hubiera escrito Lessing más que este bello pensamiento, merecería el nombre de libertador del espíritu humano que le da un publicista alemán (2), pues destruye los fundamentos de la revelacion milagrosa, por la cual se pretende que ha comunicado Dios la verdad á los hombres. Si los hombres tienen por mision buscar la verdad, es indudable que Dios no puede comunicársela directamente, y que sólo les da los medios para que la descubran en los límites de su imperfeccion. Por imperfecta que esta verdad sea, es más provechosa que la verdad absoluta que Dios mismo les revelára: ¿qué harían los hombres de una verdad que no podrían comprender, pues que, siendo absoluta, excedería del alcance de su inteligencia? Lessing pone en boca de un mahometano una severa crítica de los pretendidos dogmas revelados. Oigámosle:

"Lo que llaman su religion judíos y cristianos es un caos de proposiciones que no podría aceptar la sana razon. Comienzan por establecer como fundamento una revelacion sobrenatural, cuya posibi-

(1) LESSING, *von Duldung der Deisten* (Obras, ed. de Lachmann, t. IX, p. 421).

(2) BLUNTSCHLI, en el *Staatswoerterbuch*, t. VI, en la palabra *Lessing*, p. 425.

lidad no está siquiera demostrada. Por medio de una comunicacion directa dicen haber recibido de Dios verdades que lo serán, acaso parà el séptimo cielo, para mundos superiores; pero que no pueden ciertamente considerarse como tales en el nuestro, y así lo reconocen los mismos que las confiesan al darles el nombre de misterios, expresion contradictoria que lleva en si su propia refutacion. ¿Qué es una verdad que excede de nuestra razon? ¿Cómo podemos entónces saber que es verdad? Y suponiendo que sea verdad, ¿qué harémos de ella? Yo no diré cuáles son los dogmas que se pretende revelados; mas es evidente que esas pretendidas verdades, comunicadas por Dios á los hombres, son las que han producido las nociones más groseras, más indignas de Dios. ¡Cosa extraña! ¡Se habría Dios tomado el trabajo de invertir las leyes de la naturaleza para enseñar á los hombres cuál es la divinidad, que culto le es debido; y en vez de ilustrarlos la revelacion con una luz celestial, los abisma en un mar de supersticiones y de errores! Esa misma revelacion excita al espíritu humano á dedicarse á ociosas especulaciones que llevan á ese monstruo que llamais la fe. Á la fe entregais las llaves del cielo y de la tierra; y gracias que hayais tenido á bien darle por compañera la virtud, aunque yo no comprendo enteramente la razon, pues proclamais que la fe sola salva, mientras no puede salvar la vida más virtuosa sin la fe. ¿Puede ir más allá la ceguedad?, (1).

La crítica es perfecta. Si la revelacion, lejos de iluminar á los hombres, los ciega; si, lejos de comunicarles una luz divina, les impide percibir la luz natural que Dios ha puesto en nuestra conciencia, ¿no es una blasfemia suponer que Dios es su autor? La extrañeza y la indignacion aumentan, cuando se inquieren las razones en que fundan sus creencias los apologistas. Invocan los milagros y las profecias, que son tambien milagros. ¿Qué se diría de un hombre que comenzára por propalar proposiciones incomprensibles, y que, obligado á declarar con qué derecho quiere imponer á la razon lo que no concibe, y á la conciencia lo que no puede aceptar, alegrara como testimonios de su mision otras cosas igualmente incomprensibles? Lo incomprensible probado por lo incomprensible, hé

(1) LESSING, *Rettung des Cardanus* (Obras, t. IV, p. 59 y siguientes).

ahí la revelacion (1). Los apologistas pretenden, sin embargo, que la revelacion ha sido para la humanidad fuente de un inmenso beneficio, dándole la certidumbre de su destino inmortal. Por de contado, dice Lessing, es desdichado el propósito de los apologistas; lo que ellos consideran como un testimonio decisivo en favor de la revelacion es precisamente lo que me la hace sospechosa. Por más que reflexiono y examino, hallo á lo sumo más ó ménos probabilidades, pero jamas certidumbre absoluta. La certeza absoluta supone que lo contrario no podría siquiera pensarse, y tan bien se piensa lo contrario, que hay escuelas que lo enseñan. ¿Qué es, pues, la certidumbre absoluta que nos ofrece la revelacion? Una contradiccion en sus propios términos. Mejor harían, en verdad, los apologistas en guardar silencio, porque comprometen la causa que pretenden defender (2); y bien pudiéramos añadir por nuestra parte que la causa es indefendible.

Lessing derriba la hipótesis de los apologistas. Afánanse éstos por probar que la religion revelada da certidumbre á las verdades que la religion natural enseña; y Lessing dice que nada absolutamente añade la revelacion á la religion natural sino dogmas convencionales, cuya única utilidad consiste en servir de lazo entre los hombres, especie de bandera en torno de la cual se agrupan los fieles. Hé ahí la única necesidad que puede invocarse en favor de las revelaciones; esa es su legitimidad, esa su verdad. Lessing compara las revelaciones con las legislaciones positivas, que contienen muchas prescripciones arbitrarias al lado de los principios que toman del derecho natural; y como estas cosas arbitrarias son verdaderas en el sentido de que son necesarias para el mantenimiento de las sociedades, concluye Lessing de aquí que todas las religiones reveladas son igualmente verdaderas, porque, siendo necesarias, son por lo mismo legítimas, y añade que tambien son todas igualmente falsas, porque las verdades esenciales se hallan en la religion natural, aconteciendo siempre que los dogmas facticios que añaden las revelaciones tienden á suplantar ó á debilitar las verdades naturales. Esto conduce á Lessing á afirmar que la mejor revelacion sería la que contuviera ménos de

(1) LESSING, *Rettung des Cardanus* (Obras, t. IV, p. 60).

(2) LESSING, *Literarischer Nachlass*, t. XI, p. 611.

esos dogmas facticios y ménos trabas pusiera á la benéfica influencia de la religion (1). ¿No es este confesar que el ideal consistiría en prescindir de la revelacion para atenerse á la religion natural?

Acaso exageramos el pensamiento de Lessing. En otra parte (2) hemos expuesto las ideas que anunciaba en su breve escrito sobre la *Educacion del género humano*, donde parece que admite la revelacion como un hecho general, providencial. "Lo que la educacion para el individuo es, dice, la revelacion para la humanidad. Dios escogió entre todas las naciones una raza elegida, de la cual hizo el pueblo educador del género humano; los Judíos conservaron intacta la idea de Dios, que en los demás pueblos había sido más ó ménos alterada por la idolatría, y Jesucristo completó esta revelacion predicando la pureza del corazón y la inmortalidad del alma" (3). ¿Quiere esto decir que creyera Lessing en la revelacion tal como la entienden los ortodoxos? Imposible. Un libre pensador no puede ser ortodoxo; y con efecto, su tratado de la *Educacion del género humano* es, á pesar de sus contradicciones, la obra de un libre pensador. En ella no se hace cuestion de lo sobrenatural; no se dice que Jesucristo sea Dios, ni siquiera se pregunta quién es ni si hizo milagros. Esto nos importa poco hoy, dice Lessing; y ¿por qué? Toma el autor el cristianismo y el mosaismo como hechos históricos; no los ha habido más importantes en la vida de la humanidad, y es necesario, por tanto, que tengan su razon de ser. ¿Cuál es la mision providencial de la antigua ley y cuál la de la nueva? Esta es la cuestion á que Lessing responde; y no se puede en verdad formar de la religion una idea más elevada que considerándola como un instrumento de educacion. ¿No es el destino del hombre desarrollar las facultades de que Dios le ha dotado? Necesita, pues, educarse, y la educacion no se limita á algunos años de esta breve existencia, abraza la vida infinita del individuo, á que ni la muerte misma pone término, pues que Lessing cree en el renacimiento del hombre sobre esta tierra.

Hé ahí ideas que no rechazará un libre pensador.

(1) LESSING, *über die Entstehung der geoffenbarten Religion* (*Literarischer Nachlass*, t. XI, p. 607, 608).

(2) Véase la parte duodécima de estos *Estudios (la Filosofía del siglo XVIII)*.

(3) LESSING, *die Erziehung des Menschengeschlechtes*, §§ 2, 18, 61 (*Obras*, t. X, p. 309, 312, 322).

El único reproche que nos atreveríamos á dirigir á Lessing es que no fuera bastante claro ni mostrara bastante decision: su lenguaje parece á veces ortodoxo, aunque su pensamiento no lo sea; habla constantemente de revelacion, mas para él la revelacion significa otra cosa enteramente opuesta que para los cristianos; parece que glorifica las revelaciones y á los reveladores, y en realidad se ciernen en una esfera superior á las religiones positivas. Él mismo lo reconoce. En su tratado sobre la *Educacion del género humano* pregunta si no llegará un tiempo en que no tenga ya necesidad el hombre de la educacion que las religiones positivas le ofrecen, prometiéndole recompensas ó amenazándole con penas en la vida futura; y responde sin vacilar que llegará el momento en que el hombre haga el bien por ser bien y se abstenga del mal por ser mal, sin preocuparse del paraíso ni inquietarse por el infierno (1). ¿No quiere esto decir que en el límite extremo del progreso desaparecerán las revelaciones, porque ya no tendrán razon de ser?

Ese momento había llegado para Lessing, y de ahí su grande indulgencia en la apreciacion de las religiones positivas. Él mismo dice en el prefacio de la *Educacion del género humano* que se ha elevado á una altura desde la cual se ve más allá de lo que alcanzan las miradas en el valle. Pero se guarda bien de invitar á los viajeros á seguirle; no pretende que la vista de lo porvenir, que le transporta de entusiasmo, tenga el mismo atractivo para todo el mundo; cada cual debe llegar á ese grado de desarrollo en que deseché los andadores de una religion revelada; mas es preciso que esto se haga por el progreso natural y regular de la educacion. Cuando Lessing escribía en 1780, se estaba lejos todavía de esta edad de libertad intelectual y moral; verdad es que á los pocos años pareció que una revolucion prodigiosa emancipaba en un día á los hombres de las cadenas que habían arrastrado durante siglos; pero ¿qué resultó de aquí? Las masas no estaban preparadas; necesitaban todavía una larga educacion antes de poder elevarse á las alturas que encantaban á Lessing, y por haber querido marchar demasiado deprisa se retrocedió. De aquí la vergonzosa reaccion que presenciamos despues del magnífico vuelo del 89. No le faltaba,

(1) LESSING, *die Erziehung des Menschengeschlechtes*, § 85 (*Obras*, t. X, p. 327).

pues, razon á Lessing para querer mantener la revelacion como medio de educacion popular.

Empero en esta tendencia hay un escollo, el de que se legitiman los excesos y los abusos que engendra inevitablemente toda revelacion sobrenatural. No se ocultaba, como acabamos de decirlo, á Lessing el peligro; y así, manteniendo la idea de la revelacion, trata de ensancharla, de humanizarla despojándola de lo que tiene de intolerante y de perseguidora. No conocemos obra más bella que el drama de Lessing, *Nathan el Sabio*. Tres revelaciones se hallan en presencia unas de otras, las de Moises, de Jesucristo y de Mahoma: ¿cuál es la verdadera? El siglo XVIII respondía lanzando contra los tres reveladores la degradante acusacion de impostura; Lessing dice que ninguna de las tres religiones es la verdad absoluta, pero que predicando todas tres la caridad, toca á los judíos, á los cristianos y á los mahometanos demostrar con su conducta cuál es la mejor. Hay en el drama un judío, un Templario y un sultán que rivalizan en sentimientos generosos; y esta sentencia del sabio resume la filosofía de Lessing: "Se es hombre antes de ser judío, cristiano ó mahometano. ¿Y por qué no había de bastar ser hombre?" (1). Lessing dice que la opinion de *Nathan el Sabio* sobre las religiones positivas es la suya, y añade que ha querido mostrar en su drama que se puede no pertenecer á una religion, como dice el vulgo, y ser, sin embargo, muy religioso (2).

Lessing publicó los famosos *fragmentos de Wolfenbüttel*, cuyo verdadero autor se desconocía; mas no participaba de las opiniones de Reimarus. El *Fragmentista* era un verdadero hijo del siglo XVIII, tenía un odio profundo al cristianismo tradicional; Lessing ora, en cambio, el hombre de lo porvenir; el espectáculo que le entusiasmaba en la altura desde la cual dominaba las agitaciones de sus contemporáneos es el que hoy vemos en su aurora: un nuevo cristianismo, ó, si se quiere, el verdadero cristianismo, el de Jesucristo. El cristianismo de Jesucristo, dice Lessing, es anterior al cristianismo tradicional; éste se funda en la Iglesia ó en la Escritura, y Jesucristo oraba en el templo, no conocía otra Iglesia que la Iglesia judía, y en cuanto

(1) LESSING, *Nathan der Weise* (acto II, escena VI: *Obras*, tomo XI, p. 535 y siguientes).

(2) LESSING, *Literarischer Nachlass* (*Obras*, t. XI, p. 535 y siguientes).

á los libros sagrados, no fueron redactados sino mucho tiempo despues de la muerte del Cristo. Existió, pues, el cristianismo, y ciertamente en toda su pureza, antes de que hubiera Iglesia ni Escritura; y no dejaría en rigor de existir, aún cuando perecieran los libros sagrados y fuese destruida la Iglesia (1). Entónces volveríamos al cristianismo de Jesus. Hay un abismo entre la religion del Cristo y la que se llama cristianismo: el primer artículo de fe del cristianismo oficial es la divinidad de Jesucristo, cuando en sus predicaciones no se dice un palabra de su origen sobrenatural ni de su naturaleza divina; es el Hijo del Hombre, es hombre y su religion es una religion humana que nada tiene de sobrenatural, que todo hombre puede practicar como Él, y que todo hombre debe desear practicar, contemplando la perfeccion que dió á Jesucristo como hombre (2). ¿Cuál es la esencia de esta religion? La caridad. Cuando San Juan, llegado á la vejez, quería resumir en una palabra la doctrina de su Maestro, ¿qué decía? "*Niños, amaos*" (3). El cristianismo tradicional, por lo contrario, es enteramente dogmático. En vano se ha intentado identificar los dos cristianismos: los testimonios que se invocan atestiguan contra los mismos que los producen. Existe un abismo entre la *buena nueva* y la teología ortodoxa.

¿Cuál es la conclusion de Lessing? Él mismo no la saca, pero todo lector la sacará por él: volvamos al cristianismo de Jesucristo si queremos ser cristianos. Ahora bien, Lessing es leído por toda la nacion alemana; él y Herder, harto más que Lutero y Calvino, dan el alimento espiritual á Alemania: ellos son los Santos Padres del cristianismo liberal.

N.º 2.—Kant.

### I.

Kant, como Lessing, es libre pensador; pero ni el uno ni el otro tienen la decision de sus contemporáneos franceses. El filósofo alemán no tenía, en verdad, ninguna duda acerca de la revelacion milagrosa; participaba de la opinion de Vol-

(1) LESSING, *Theses aus der Kirchengeschichte* (*Literarischer Nachlass*, t. XI, p. 593, 594).

(2) LESSING, *die Religion Christi* (t. XI, p. 603, 604).

(3) LESSING, *das Testament Johannis* (*Obras*, t. X, p. 42).

taire, de la opinion de todos los hombres que piensan; mas expresó su pensamiento con una extraordinaria reserva, que se explica por haber sido oficialmente censurado, á pesar de su prudencia. El rey en persona le escribió una carta, en la que se mostraba descontento de que el filósofo desnaturalizase y rebajase las doctrinas fundamentales del cristianismo, y le reprochaba el haber abusado de su cátedra, faltando al deber que los profesores tienen con la juventud. El rey esperaba que en adelante no volvería Kant á cometer esta falta, y le amenazaba con la destitucion si no obedecía á sus órdenes, expresadas en el estilo brutal y grosero de una corte militar. Kant prometió no volver á dar más lecciones ni escribir sobre la religion natural ni revelada (1). ¡Uno de los grandes pensadores de Alemania censurado por un príncipe que Jefferson compara con un puerco y Kant obligado á callarse lo dicen todo!

Kant se justificó en la respuesta que dió á Su Graciosa Majestad, protestando de que no hablaba en sus lecciones de la Sagrada Escritura, de que no había podido despreciar el cristianismo por la sencilla razon de que no lo juzgaba, versando su curso sobre la religion natural, y de que, léjos de rebajar en sus escritos la religion cristiana, la había representado siempre como conforme con la ley de la naturaleza. Hay verdad en esta apologia, pero es más de forma que de fondo. Kant fué siempre respetuoso con el cristianismo; mas no tenía gran respeto á las revelaciones llamadas sobrenaturales: ¿cómo había de respetar los milagros en que no creía? Cuando dice que las religiones reveladas están en armonia con la ley moral, expresa más un deseo que una afirmacion. La verdad es que las revelaciones han viciado de tal suerte el sentido religioso, que ni siquiera se puede decir que la masa de los fieles tenga una religion; tienen la fe que les enseña el pastor ó el cura, pero no sospechan lo que es la religion. Y así no quiere Kant que se diga que tienen religion los judios, los mahometanos, ni los cristianos católicos ó reformados; tienen, dice, una fe, esto es, profesan tal ó cual creencia; pero sería hacerles demasiado honor decir que tienen una religion, porque la religion no reside en el catecismo, tiene su asiento

en el alma, y no existe sino en el hombre que tiene sentimientos morales (1). Si las revelaciones desnaturalizan hasta este punto la idea de religion, ¿de quién es la culpa, de los creyentes ó de los que les enseñan esa fe material?

Los ministros de Dios se preocupan mucho más de su dominacion que de la religion. Protestan, es verdad, los unos de ser los servidores de Dios, los otros de no pensar en restablecer un yugo que rompieron los reformadores; pero siempre resulta que los servidores de Dios desean dominar en nombre de Dios, y que los pastores protestantes se han arrogado el monopolio de la religion, haciéndose los únicos intérpretes de la Escritura: para los unos y para los otros, el ministerio de la palabra divina se convierte en un poder llamado espiritual. Hé ahí por qué dan tanta importancia á las leyes de la Iglesia ó á las confesiones de fe. ¿Cuál es la verdadera relacion entre la religion natural y el dogma revelado? La primera es el principio, el fin supremo; la revelacion es un medio de difundir las verdades enseñadas por la religion natural, es decir, un instrumento de moralizacion. No es este el sentido de la Iglesia que pone en primera línea la revelacion, y á ella subordina la razon y la religion natural. La consecuencia inevitable de este trastorno del orden moral es que, en vez de religion, no conocen ni practican las masas sino la supersticion (2).

La acusacion es grave, pero fácil de justificar. Kant establece desde luego este axioma: "Todo lo que el hombre hace por complacer á Dios, fuera de una vida honesta, es pura ilusion y práctica supersticiosa." Hé ahí una máxima que profesa y sigue, sin duda, la conciencia cuando es ilustrada. Pues bien, diariamente previenen á los fieles el papa y los obispos contra la funesta doctrina que sustenta que los hombres se salvan siendo honrados, lo cual, dicen, es la peste del indiferentismo; y los protestantes ortodoxos no quieren, á su vez, que haya una verdadera moral fuera del cristianismo tradicional. Kant está, pues, desde el principio en oposicion con la revelacion; y, sin embargo, tiene razon al decir que su punto de partida es un axioma tan cierto como los de las ciencias mate-

(1) KANT, *die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, III<sup>tes</sup> Stück (Werke, t. vi, p. 278, 279).

(2) KANT, *die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, IV<sup>tes</sup> Stück (Werke, t. vi, p. 346, 347).

(1) KANT, *Werke*, ed. de Hartenstein, Leipzig, 1838, t. I, página 204, 208.

máticas. ¿Qué significa esto? Que la revelacion no tiene nada de comun con la moral, que, léjos de ayudarla, la contraria y altera. ¿Cabe, en efecto, viciar más profundamente la conciencia que diciéndo que no basta la moralidad para hacernos gratos á Dios? ¿Qué más, pues, se necesita? Creencias y prácticas supersticiosas.

Si la máxima de Kant es el principio de una vida moral, su negacion debe conducir, si no á la inmoralidad, á lo ménos á supersticiones que la favorecen. ¿Qué son, en efecto, los dogmas en los cuales hay que creer, si se quiere lograr la salvacion? Son, ó hechos históricos, tales como los milagros y las profecias, ó verdades dogmáticas, tales como la Trinidad y el pecado original. Ahora bien, ¿cómo puede influir en nuestra moralidad la fe en ciertos hechos que la razon tiene por imposibles ó artículos de doctrina que no concibe nuestra inteligencia? Si los creemos, es sólo con los labios, pues que la conciencia no puede asimilarse hechos ó creencias que la razon no comprende. ¡Y se pretende que este culto de labios procura nuestra salvacion! ¿Qué decir de las prácticas recomendadas para hacernos gratos á Dios? ¿Hay alguna locura que los alfaquíes y los monjes no hayan inventado? Diráse que esto no impide la virtud; mas la virtud misma está viciada, porque degenera en acto de un mercenario que pide á Dios el pago de sus buenas acciones. ¿Puede haber plaza para la verdadera virtud, cuando el creyente estima que merece la vida eterna yendo en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto ó recibiendo la eucaristia? Si se puede ganar el cielo barbotando oraciones, ¿por qué no se había de ganar haciéndolas recitar, ó mejor todavía, haciéndolas decir por una máquina de rezo, como los budhistas? ¿Yerra Kant al decir que semejante religion es fetichismo, y que los sacerdotes hacen en estas prácticas el papel que los hechiceros entre los salvajes? No se había salvado Sócrates porque no creía en la Inmaculada Concepcion, mientras se cree seguro de su salvacion el bandolero romano con tal de que cuide de recitar su rosario (1).

Kant concluye de aquí, y con él la razon, que entre todas las cosas irracionales, la más irracional es creer que la salvacion dependa de otra condicion que de la de una honesta vida; y, sin em-

(1) KANT, *die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (Werke, t. vi, p. 353-356, 361, 362).

bargo, ese absurdo es el artículo fundamental de la doctrina ortodoxa, es la esencia de las revelaciones. La razon se pregunta con asombro cómo ha podido recibir la conciencia humana por verdad divina tan estupendo despropósito. En el siglo XVIII respondian los libres pensadores que las religiones reveladas eran obra de impostores que engañaban al género humano en provecho de su codicia ó de su ambicion. Que hay bobos religiosos y bribones sagrados, la historia lo atestigua, y no tenemos más que abrir los ojos para verlos en torno nuestro; empero es una exageracion, y peor todavía, una calumnia, representar al género humano entero como un rebaño de idiotas guiado por algunos truhanes. Kant tenía demasiado buen sentido y demasiada moderacion para caer en tales excesos; pero tenía también bastante penetracion para no declinar en la indulgencia excesiva que los escritores protestantes de nuestros dias guardan á la Iglesia. La palabra de Dios requiere ministros, ya para ser los depositarios y órganos de ella, ya para ser sus intérpretes, que en el fondo es lo mismo. Ahora bien, los ministros forman la Iglesia propiamente dicha; y en cuanto á la masa de los fieles llamados laicos, los clérigos los dominan por la fuerza de las cosas. No se detiene esta dominacion en las relaciones del clero con los creyentes; la superioridad que la Iglesia tiene respecto de los fieles la tiene también respecto del Estado (1). Hé ahí, pues, ese imperio que los libres pensadores del siglo pasado vituperaban como la peor de las tiranías. ¿No jugará la pasion de dominar algun papel en el establecimiento de las religiones reveladas?

Hay, pues, bribones, hay gentes que aparentan creer y para quienes la fe no es más que un instrumento de dominacion. La hipocresia es, en nuestro sentir, la lepra de las sociedades modernas; y si á lo ménos se redujera al campo de los ortodoxos; pero desgraciadamente la lepra moral es tan contagiosa como la lepra física. La Iglesia ha sido durante largo tiempo un poder temible; sus más encarnizados enemigos tenían que contemplarla y cubrirse con una máscara religiosa, cuando detestaban la religion por la misma violencia que sufrían. Aunque ha decaído, es inmensa todavía la influencia de la Iglesia, y buena prueba dan los aduladores que cuenta en pleno siglo XIX, y bien

(1) KANT, *die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (Werke, t. vi, p. 364-366).